

LA FASCINACIÓN POR EL DEMONIO

La dispersión de la luz y el lento asesinato
la derrota del cielo...

RAFAEL ALBERTI

La primera vez que oí hablar del diablo fue a los cuatro o cinco años, en esos largos y fríos inviernos que pasábamos en el pueblo de mi padre. Una noche, alrededor de la fogata, una de las primas empezó a convulsionarse. Alguien dijo que estaba “como poseída”, las demás se persignaron y dijeron a coro “Ave María Purísima”. “Es el diablo... Se mete al cuerpo de los que se portan mal”, me explicó Chabe. “No le hagas caso –me dijo la tía Lupe. No le metan ideas al niño” –las reprendió a todas desentendiéndose de los hombres que fascinados veían cómo ese cuerpo se arqueaba, se revolvió jadeante, dejaba al descubierto las torneadas piernas morenas, sudorosas, y el pecho se le agitaba agigantándose, mientras de la boca escurría una espuma.

“Lo que ésta necesita es un hombre”, sentenció Rufina montándosele mientras le acariciaba el vientre. “¡Jesús Bendito, qué cosas dices, muchacha!”, replicó la Tía Lupe. Pero en los ojos de todos brillaba un fulgor que mucho tiempo después aprendí a leer como la señal del deseo o de la “calentura”, como dijo Rufina en ese momento. Para Alan Watts (2000), los occidentales vivimos “colgados del sexo”: “De todas las religiones del mundo, el cristianismo es la única cuya máxima preocupación es el sexo, incluso más que el *yoga* tántrico o cualquier otra clase de culto a la fertilidad que pueda haber existido sobre la faz de la tierra”. Por eso, cuando el hombre inventó a Dios, también inventó al diablo y en éste puso toda la carga del pecado original, de la sexualidad, de la sinuosa

serpiente erecta tentando a Eva para seducir al pobrecito Adán.

Eugenio Trías, al hablar de *por qué necesitamos religión*, se refiere al valor simbólico de los elementos inherentes a cualquier religión. Símbolo, dice Trías, significa la conjunción (*sym*) de dos partes fragmentadas que pertenecen a una unidad originaria.

Lo contrario del 'símbolo' es *dia-bolon* (de donde proviene la palabra diablo). Lo diabólico indica el desencaje y la desavenencia entre esas 'partes'. Por eso, el acto religioso puede dar lugar a esas formas contrarias: de encaje afortunado entre las expectativas y deseos del testigo con lo sagrado; o de desavenencia infortunada. Puede, pues, dar lugar a un encuentro propiamente simbólico, o bien a un desencuentro desafortunado, dia/bólico. La ambivalencia misma de lo sagrado, que puede significar lo más elevado y sacrosanto, o bien lo execrable y dañino. (Trías, 2000)

Si la religión, o Dios, une: lo diabólico separa. Conjunciones y disyunciones: el vientre materno: el paraíso; la expulsión del paraíso: la pérdida del reino. El cielo y el infierno, el Dios de las alturas condena a Luzbel a permanecer en lo más profundo del averno.

Pero también diablo proviene del griego *diábolos*: el acusador, el calumniador. Se convierte en la contraparte de Dios, en su enemigo. Por eso, algunos lo denominan el Anti-Cristo al recordar esos ojos inyectados, los labios húmedos, las venas del cuello hinchadas y –también eso lo descubrí mucho tiempo después– el repentino abultamiento, imposible de disimular, en el estrecho pantalón vaquero, mientras las mujeres se sonrojaban, bajaban la cabeza y soltaban risitas nerviosas. “Los que están poseídos por el demonio son ustedes”, sentenció con un rictus en la boca y una mirada reprobatoria la tía Lupe. Efectivamente, todo los “acusaba”, todo en ellos desprendía un tufillo de lo oculto, de lo pecaminoso. Desgraciadamente, todavía tardé unos cuantos años para despejar la incógnita, para afiliarme a ese mundo de sombras, para descubrir en carne propia la mordedura de la serpiente.

Para Alan Watts la mayoría de las iglesias cristianas, y con ellas los que profesan cualquiera de esas religiones, se convierten en reguladores del sexo.

Para demostrarlo, dice Watts, sólo tenemos que preguntar cuáles son los motivos por los que se puede expulsar a alguien de una iglesia. Las personas pueden vivir en la envidia, el odio, la malicia y la inmisericordia, y seguir conservando su reputación. Sin embargo, en el momento en que se les descubren ciertos comportamientos sospechosos relacionados con su vida sexual, se les echa, y ésa es la única causa digna de expulsión. (Watts, 2000)

La mirada reprobatoria de la tía, el mandarnos a dormir a unos y callar a otros, no eran sino una muestra de esa actitud inquisitorial propia de la gente grande, especialmente de las mujeres. Reconozco que esa escena me inquietó y en mi imaginario los hombres se convirtieron en la presencia viva del lobo de la Caperucita Roja, de Barba Azul, del hombre lobo; ellos eran los malos del cuento, la pobre prima una víctima de su mal y la tía una acérrima defensora de la honra femenina.

Llegaría el momento de revelármeme la maravilla. Cursaba el quinto año de primaria, cuando volví a ver *King Kong* (Cooper & Shoedsack, 1933), el cine me descubrió entonces o me hizo reconocer otros elementos simbólicos que enrique-



MÁSCARA TIBETANA.

cieron mi galería de imágenes diabólicas: la literatura y el cine me empujaron a esa otra religión dominada por el Maligno y sus representantes. En el momento en que Kong toma en la palma de su mano a la convulsionada dama y con su enorme dedo gordo le recorre el cuerpo, dentro de mí ocurrió un extraordinario *flash back* y recordé aquella noche en el rancho, cuando a mi prima le dio un ataque epiléptico. Los ojos del enorme gorila eran aquellos otros vistos en mi infancia donde la fogata ardía enrojeciendo los leños y agitando la sangre. Por fortuna, el cine Monumental, frente a la Alameda Central en la ciudad de México, programaba muy frecuentemente estos grandes clásicos; así, en los mismos días de mi reencuentro con King Kong, sucedió lo mismo con *Drácula* (Browning, 1931). Esa mañana, casi junto a la iglesia de San Hipólito, en la que recientemente había hecho mi primera comunión, ese personaje inyectó dentro de mí el deseo de ser mordido por el vampiro, de poseer la juventud eterna por siglos, de lucir ese tono de marfil, amarillento, transparente, en la piel, de vivir sólo de noche, poseyendo a los incautos que se atravesaran por mi camino. Drácula se convirtió en mi *alter ego*, en mi héroe favorito, en el personaje que a mí me hubiera gustado ser.

Al ingresar la inquietante figura del Maligno en mi paraíso infantil, adquirí el gozoso hábito de tener pesadillas infernales que, según descubrí, atormentaban a los otros niños católicos que asistían a las sádicas sesiones de los llamados catecismos y ejercicios espirituales. Lo que para mí era placentero, para mi familia representaba una enfermedad: el Mal. "Está empachado", "tiene susto", "hay que curarlo de espanto" y comprobaban con mis orejas su pronóstico: "miren como se le doblan". Entonces me llevaban a la iglesia, me rezaban, me echaban agua bendita, el cura me sacudía para que se me saliera el demonio. Aprendí a callarme por el día, a no contarle mis sueños a nadie. Sin embargo, dormido me era imposible no gritar, no hablar en "lenguas", no vivir la intensidad de mi puesta en escena onírica. "Está creciendo", sentenció la tía Lupe, "son los cambios de la edad, por eso le dan esas fiebres".

En *El universo diabólico* (Villeneuve, 1976) se dedican algunas páginas a la presencia del demonio en el Antiguo Testamento. En este libro encontré esta idea: "el judaísmo jamás ha sucumbido a la tentación de considerar sus leyendas como depósito obligatorio de su fe. El error de elevar las leyendas judías a la categoría de dogma sólo lo ha cometido el cristianismo". Esto es, deduje, en la Biblia se habla del diablo y también del infierno, pero para los judíos, según lo plantea Villeneuve, son imágenes, leyendas; ellos no creen en la magia, la brujería, ni los ritos satánicos. Como muchas de las historias de la Biblia, funcionan sólo en su carácter alegórico o metafórico. Recordé también la sabiduría de la tía Lupe: "...no le metan ideas al niño". Más tarde, ella me diría: "el mal está en los hombres, en los vivos, no en los muertos ni en esas tarugadas del demonio. No les hagas caso. Hay que temerle a los hombres. Allí está el verdadero mal. No vayas a creer en cuentos acerca de diablos, fantasmas, apariciones. Eso es de gente ignorante". Mientras la oía, no dejaba de sentirme hipnotizado por las historias que platicaban los primos a escondidas, porque les tenía prohibido



hablar de eso, sobre todo delante de mí que era muy “influenciable”.

En el rancho, como era invierno, oscurecía más temprano, todavía no aparecía la televisión. Entonces nos entreteníamos con los juegos que todos jugamos, inventando y contando películas o historias, leyendo pasquines, despertando nuestros fantasmas interiores. Con verdadera devoción, todos hablaban sobre cosas que ocurrían en la noche, ruidos extraños que emergían de las vigas del techo, jadeos, súplicas, ayes de dolor placentero, voces y gritos que inundaban la atmósfera. Por las rendijas, a través de las cortinas mal cerradas, inicié mi etapa de voyerismo: vi a mis primos, a mis primas, a amigos de la casa, a parientes lejanos y cercanos entregarse a otro cuerpo, o solazarse a sí mismos, solitarios; aunque también llegué a verlos en la milpa con las muchachas del pueblo, con las borregas, con las gallinas, con la tierra recién labrada. Mi temprano despertar al sexo, a los ocho o nueve años, me hizo encontrar en esas visiones y en las historias metafóricamente disfrazadas lo que después confirmé con Freud: todo el trasfondo de la sexualidad reprimida o la manifestación simbólica de nuestros deseos más recónditos (recientemente en *Las reglas de la vida*, Hallstrom, 1999; los niños residentes de ese *sui generis* orfanatorio, contemplan azorados una noche a *King Kong*; uno de ellos, al identificarse con Kong, supone que el gorila ha encontrado a su madre en el personaje que interpreta Fay Wray), nuestros demonios no eran otra cosa sino aquello que íntimamente deseábamos pero no podíamos o no nos atrevíamos a mencionar. Por eso tenemos historias como las de la Llorona o todas aquellas que se solían contar cuando íbamos al Santuario del Señor de Chalma; en el camino se hacía hincapié sobre la maldición que convertía a ciertos lugares en mágicos, ya en sagrados ya en prohibidos: “El tambor”, “La Cañada”, “La casa de las almas perdidas”. Las más socorridas eran las de la aparición del diablo. “Se le apareció a Eudisia, verdad tú...” y entonces con deleite, desmayando la voz, casi en un susurro, hablaban de un hombre bellissimo, vestido de charro, un traje negro con muchos adornos de plata, montado sobre un caballo negro con largas crines revoloteando al viento; o de un hombre alto, apuesto, con unos ojos profundos, envuelto en una larga capa negra o de una aparición que de repente se desprendió de la nada, completamente desnudo. “...se le apareció en el camino y ella se desmayó”, decía apresurada Clementina. “...luego descubrió una mancha de sangre sobre su falda”. La llevaron con el cura, “no sea la de malas y pueda ser hijo del diablo o la mordedura de un vampiro”: “ese niño no debe nacer”, sentenciaban a coro el párroco y sus mujeres vestidas de negro, echándole toda el agua bendita que tenían a su alcance. Cuando vi *El bebé de Rosemary* (Polanski, 1968) recordé cómo en el pueblo los murmullos hablaban de que a fulanita le había nacido un hijo con cola y cuernos, a sutanita un niño con cara de perro y las patas de macho cabrío, a perenganita una cosa horrible que le desgarró el vientre y le quemaba todo por dentro y por fuera. El cura y la comadrona del pueblo se encargaban de mandarlos al infierno: “les echaban agua bendita y nada más se retorcían, se deshacían apestándolo todo a azufre.”

El diablo ha sido reconocido a lo largo de la historia, dice Pennthorne (*Cít.*

por Coluccio, 1984) en su trabajo sobre brujería, y aún sigue reconociéndose como una “oscura y monstruosa aparición con cuernos en su cabeza, patas, orejas de asno, pelo, garras, unos fieros ojos, unos dientes terribles, un gran falo y un característico olor a azufre”. El cine ha recorrido toda una amplia gama de figuras para representarlo, así como a las múltiples deidades (¿antideidades?) que lo acompañan. Imágenes muchas veces espantosas, terriblemente monstruosas; otras muy cercanas a lo humano y otras tantas tan atractivas y celestiales o modernas y simpáticas como Elizabeth Hurley (*Al diablo con el diablo*, Ramis 2000), Salma Hayek (*Del crepúsculo al amanecer*, Rodríguez & Tarantino, 1996), Rachel Welch (*Un Fausto moderno*, Donen, 1967), Ben Chaplin (*Almas perdidas*, Kaminski, 2000), Al Pacino y su heredero Keanu Reeves (*El abogado del diablo*, Hackford, 1997), Robert de Niro (*Corazón satánico*, Parker, 1987) Jack Nicholson (*Las brujas de Eastwick*, Miller, 1987). Aunque en las conversiones de lo terrenal a lo infernal se han producido imágenes tan bellas e impactantes como las de la Hayek y demás acompañantes en ese bar que está abierto del crepúsculo al amanecer, el “Tity Twister Bar” (La teta enroscada); también en *Hija de la luz* (Russell, 2000), al confluír cientos de enormes y asquerosas ratas negras para formar la figura de Satán, la cual no logra superar la fuerza aterradoradora de las ratas, debido a una mala realización del constructo demoniaco. Sin embargo, hermosas u horribles, siempre suficientemente atractivas para despertar la teratofilia que todos llevamos dentro.

En esa múltiple representación de los habitantes del inframundo, la enorme boa constrictor acompañante de Salma Hayek o las ratas cumplen la función de muchos animales, reales o fantásticos, a los que se les ha otorgado la función de representar al Señor de los Infernos: la rata, el murciélago, la lechuza, el caraú, el sapo, la iguana, la serpiente, el gato negro, la araña peluda, entre los primeros y el basilisco, el ahó ahó, el yaguarón, entre los segundos, cumplen junto con figuras de una extraordinaria producción imaginativa el papel de representar al Mal, al Anti-Cristo, al Ángel Caído, a los seres demoniacos y diablos intermedios, todo ese mundo que constituye “la dispersión de la luz... la derrota del cielo”, la turbación, el desaliento de las almas despojadas de sí mismas, expulsadas del paraíso. Como en la religión originaria de esta figura, la cristiana, son el pez, el cordero, la paloma, las figuras angélicas sustitutivas. El demonio, sus tentaciones y los endemoniados son admitidos en el dogma católico. El Evangelio nos habla de las tentaciones que sufrió el mismo Dios. De esta manera, la mitología alrededor del Uno integra también al Otro. Resultan las dos caras de la misma moneda, de esa idea maniquea del Bien y el Mal.

Coluccio (1984) plantea que en la mitología popular universal el



HANS BALDUNG GRIEN, *EVA, LA SERPIENTE Y LA MUERTE*, 1525.

demonio tiene formas más o menos humanas: "es de color blanco, entre los seres de raza negra, y, por el contrario, entre los blancos, piénsase que es negro; aunque es muy frecuente que unos y otros se lo imaginen también rojizo". Se le representa de edad madura, nunca avejentado; los ojos son tan vivos que echan lumbré; de astucia incomparable; tiene la propiedad de transformarse en animales como el perro negro, un caballo o una culebra. En las diversas manifestaciones artísticas podemos encontrar una iconografía tan variada e interesante como las diferentes épocas y regiones de la cultura donde y cuando lo han imaginado.

Nadie que haya visto una gárgola en una de las grandes catedrales del mundo, podrá negar la fascinación que ejercen estas vigilantes figuras prestas a lanzarse contra los herejes, los pecadores, contra aquellos que al salir de la catedral no salgan santificados. En las noches, cuando la luna proyecta la sombra de una gárgola en las afueras de Notre Dame, de Canterbury, de Chartres, de la Catedral de Lisboa, uno no puede dejar de reconocer y sentirse sobrecogido ante la presencia de lo demoniaco vivificado por el artista que produjo tales maravillas, magnificado por las sombras lunares que le son propicias. Criaturas devorando cuerpos ya descabezados, figuras policéfalas, hermafroditas, zoomorfas, con cuernos y colas, sacando sus enormes lenguas, serpientes enredándose infinitamente, una parafernalia de conjunciones, fragmentaciones o prolongaciones con las cuales difícilmente puede uno no sentirse imantado, atrapado, engullido.

En las representaciones plásticas, penetrar en infiernos como los de Hieronymus Bosch, Brueghel, Max Ernst o Fra Angelico es reconocer el placer. La belleza del mal resulta más productiva, mucho más rica en imágenes, en posibilidades. Todas esas visiones del inframundo, cuyo propósito original tal vez sea el de alertar contra el mal, provocar terror para evitar caer en malas tentaciones, permitirnos asomar ante los infiernos y los castigos, provocan lo contrario. Esas visiones del abismo son mayormente atractivas que las de las lontananzas celestiales. En el cine ha pasado lo mismo, mientras las figuras del mal perduran por su fuerza, por la impronta emotiva de encontrarse ante lo desconocido, como los ya nombrados Pacino, De Niro, Reeves, y de otros representantes de la malignidad nocturna como Cruise, Banderas, Oldman, Langella, Bowie, en cambio, para representar a Jesús, regularmente se buscaron actores blandengues, frágiles, hasta femeninos como Jeffrey Hunter (*King of Kings*, Ray, 1961), o Enrique Rambal (*El Mártir del Calvario*, Morayta, 1952), entre las excepciones: la presencia fálica de Willem Dafoe (*The Last Temptation of Christ*, Scorsese, 1988), el Jesús de Passolini en *El Evangelio según San Mateo* (1964) no sólo porque Enrique Irazoque tipológicamente se acerca más al nazareno, sino por el tratamiento fuertemente realista y con una carga de crítica social implícita en los Evangelios; *Jesus Christ Superstar* (Jewison, 1973) muestra a un Judas problemático que se desencanta porque Jesús comienza a creer en el mito que ha surgido acerca de él cuando es simplemente un hombre y no el Mesías. Otro musical, *Goldspell* (Mtebelak y Schwartz, 1971) presenta a un Jesús de nariz roja vestido con una camisa de Superman, conduciendo su tropa de payasos a través de una rutina de canciones,



bailes y pantomima basados en el *Evangelio* de Mateo. Willem Dafoe, Enrique Irazoque, Ted Neeley escapan al estereotipo europeizado al que nos acostumbró primero la plástica y luego el cine. En la representación estereotipada de Jesús, el espectador experimenta un proceso de identificación ante una figura que provoca su lástima, una identificación solipsista de conmiseración; en cambio, en las figuras demoniacas, la actitud ante estos héroes caídos pero finalmente triunfantes, estos antihéroes trágicos o fársicos, realistas o fantasiosos dejan en el espectador un estado de mayor actividad anímica.

La historia misma de estas emblemáticas figuras, Jesús y Belzebú, resultan bastante representativas. La de Jesús es inmodificable, ya está dada por los Evangelios. Quizá haya algunas variaciones en las peripecias, en la intervención de los personajes, o también en el punto de vista adoptado por el autor, en el cine, para dar algunos ejemplos, Passolini, Scorsese, Jewison, Monty Python; en la literatura Leñero, Papini, Hesse, Katzantzakis, Saramago, quienes cargan al personaje acentuando el lado socialista o comunista, el histórico o el mítico, la humanización o la divinización. De todos modos, los episodios centrales se fundan en peripecias tales como su deambular por los caminos haciendo milagros, la última cena, la agonía solitaria y, fundamentalmente, en la traición, el juicio y la crucifixión. En cambio, el diablo es multiforme, son muchas las historias tejidas a su alrededor, ninguna obedece a un carácter histórico, realista o probable; todas se centran en cuestiones míticas, fantásticas, imaginativas. Ni siquiera su representación está definida. Frecuentemente da paso a sus corifeos, a sus discípulos, a los demás participantes de esos nueve círculos de Dante. Finalmente, Jesús, al ser crucificado, será siempre la víctima, aunque triunfador en su derrota: de Él será la gloria y el reinado. El diablo y sus congéneres, en cambio, serán los triunfadores a lo largo de la historia contada, aunque al final –todo en pos del *happy end*– sean derrotados; pero sabemos que es una derrota parcial porque volverán, volverán una y otra vez, todos sabemos que el mal nunca podrá ser derrotado.

Y esto lo aprendemos desde que tenemos uso de razón, porque demonios van y demonios vienen, con uno u otro nombre, con una u otra figura, pero no pueden abandonarnos: somos su principio y su fin. Con Fausto y Mefistófeles lo hemos aprendido: siempre cumplen lo que prometen: si les vendimos el alma a cambio nos darán lo que hayamos pactado.

Lo mismo pasa con las diosas de la pantalla. Aquellas con mayor carga proyectiva han sido las más perversas, las más perras, unas verdaderas diablas. María Félix se convirtió en la Doña, gracias a su interpretación de *Doña Diabla* (Davison, 1949); Bette Davis, Barbara (en su nombre lleva la penitencia) Stanwickz, Marlene Dietrich, Theda Bara, Brigitte Bardot, todas ellas devoradoras de hombres. Con ellas, el Mal se transfigura en belleza, en incitación emocional, despiertan inquietudes, deseos, malos pensamientos y ¿quién no sería capaz de matar por una mujer? Ellas sabrán siempre como salirse con la suya, finalmente ante el complejo de castración sufre más quien tiene y lo pierde todo que quien nunca ha tenido nada. Como dice la canción: la perdición de los hombres son las ¿benditas? ¿malditas? mujeres...



Las encarnaciones femeninas del Diablo en el cine son tanto más diabólicas cuanto más atractivas. ¿Cómo olvidar a la pareja de lesbianas asesinas compuesta por Sylvia Miles y Beverly D'Angelo, convertidas en demonios tras su muerte, acosando lascivamente a Christina Raines, la protagonista de *La centinela* (Winner, 1977). Indudablemente diabólica es la mantis rubia de *El cuarto hombre* (Verhoeven, 1983). Pero pocas pueden aducir una genealogía tan satánica como la Lilith de *Night Angel* (Dominique Othenin-Girard, 1990), Isa Anderson, no es otra sino la madre bíblica de los vampiros, precisamente un Ángel de la Noche. Aunque el demonio al que se enfrenta el cura interpretado por Ben Cross en *The Unholy* (Vila, 1988), esa mala pécora que provoca sexualmente a los sacerdotes para enviar sus almas directamente al infierno, es el que más canónicamente puede competir con los clásicos del cine satánico. Hasta la fortachona Ripley (Sigourney Weaver) enfrentada al ordenador *Madre* (*Alien*, Ridley Scott, 1979) que harán estallar la nave *Nostroomo* (¿nuestro hombre?) para destruir al Alien. De todos modos, lo cierto es que las mujeres diabólicas no han alcanzado la categoría de "Number One" –como en la política nacional, tal vez nada más se conforman con un 30 por ciento de representación– y por lo regular se inscriben en el de los demonios menores: vampiras, *vamps*, *femme fatales* y psicópatas.

En esta galería de mujeres encontré mi otro *alter ego*: Carrie. *Carrie* (Brian de Palma, 1976), aunque en realidad se basa en cuestiones estudiadas científicamente de telequinesis, el personaje pasó a formar parte de las pesadillas extraídas del infierno. Algunas memorables escenas abonan el mito: la crucifixión de la madre (Piper Laure) con unos cuchillos lanzados telequinéticamente, la destrucción a diestra y siniestra de todos aquellos que se burlaron de ella, el espacio se convierte en un verdadero infierno, mientras Carrie emerge de las llamas triunfante y ese final después de la pinta "Carrie White arde en el infierno", mientras ella emerge de la tierra en una escena de pesadilla. En este personaje podemos leer toda la carga diabólica que se ha adjudicado a las hijas de Lilith: su poder nace cuando Carrie tiene su primera menstruación, la que será vivida como una agresión, como un castigo: las burlas de sus compañeras de colegio y la histérica culpabilización sexual de su madre. Después se hará patente la represión sexual, la libido reprimida que al manifestarse cuando conoce a Tommy ocasionará nuevamente la burla de sus compañeras y la condenación de su madre, todo ello en un ambiente de paranoia religiosa, los rezos y las prohibiciones de la madre incentivarán el "maligno" poder de Carrie.

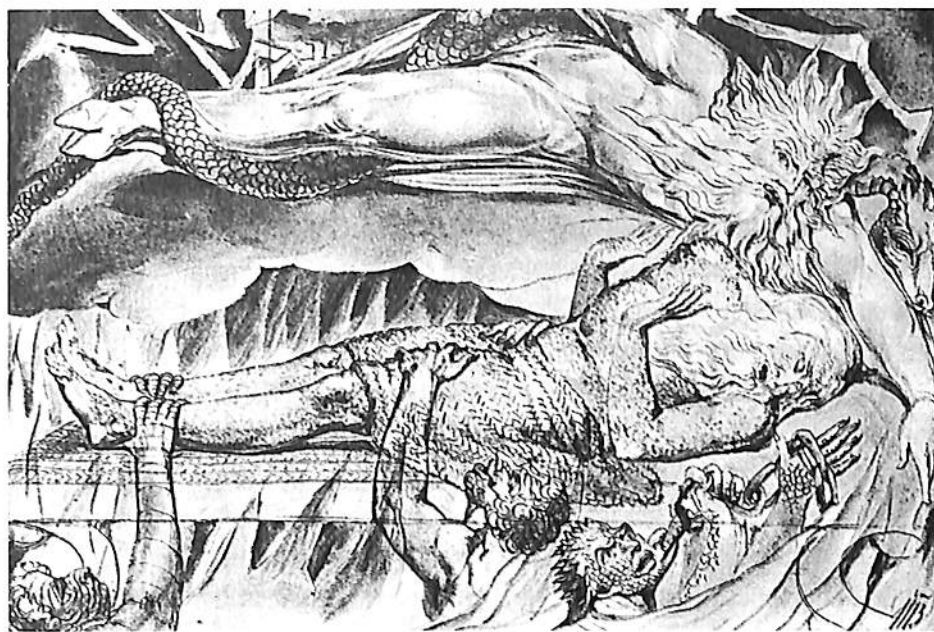
En el *Zohar*, el libro más importante de la mística judía, Lilith es el "espíritu de la impureza". En este libro se plantea que "después de que la serpiente tuvo relaciones sexuales con Eva y la impregnó de suciedad, ella concibió a Caín. Aquí tuvieron su origen todas las generaciones, los malvados del mundo". Además de Lilith y Eva, está Naamah: "de ella surgieron otros demonios y espíritus que se mantienen suspendidos en el aire, dando información a otros que están debajo de ellos[...] Naamah brama como un animal feroz, se adhiere a sus fuerzas y todavía sobrevive." Estas mujeres han creado toda la generación de cainitas, porque en ellas reside el deseo sexual y cada vez que se embarazan traen al mundo otro

tipo de demonios. Lilith “los cría. Sale al mundo en busca de bebés y cuando los encuentra se adhiere a ellos tratando de matarlos y de absorber sus espíritus”. La descendencia satánica más numerosa ha sido sin duda la de la nocturna Lilith, reina de los súcubos. En las hijas de Lilith se enseñó la represión medieval del satanismo, verdadera cruzada contra las mujeres. Con esta persecución llegan los aquelarres de brujas, aparecen los inquisidores que escriben manuales antisatánicos.

Desde ese paraíso perdido de mi niñez, en el que preferí escuchar las historias cachondas de la nocturnidad a las angélicas amonestaciones, consejos y rezos de mi tía Lupe, mi abuela y mi prima la mocha que tuvo que irse de monja porque su hijo tenía toda la cara del cura del pueblo, y que me obligaban a rezar mecánicamente noche a noche: “Angelito de mi guarda, ¡oh mi dulce compañía!, no me desampares ni de noche ni de día”, mientras ponía un oído al gato y el otro al garabato, mis aficiones posteriores llenaron la biblioteca de libros prohibidos, de esa literatura que arde en mi cerebro cuando repaso sus líneas. En el cine me sentí fascinado por las mil caras del diablo y los siete pecados capitales que con gusto cometo cotidianamente: la lujuria, la gula, la avaricia, la envidia, la ambición. Yo sé que peor infierno que el que vivimos día con día no puede haber, por tanto me dejo seducir por Abrabel, incendiar por Adonis, por Asic-Pashá, ese demonio benévolo que facilita las actividades venéreas; por Baalberit de infinita memoria y astucia marrullera; por el dios Baco y sus múltiples y embriagadores licores; por Baltazo, el perfecto e incasable amante y toda su corte de súcubos e íncubos; por el poderoso Belzebú, por Belial perseguidor de adolescentes; por Zagam, el gran señor de las transmutaciones, por el Divino Marqués, por el pisoteado Masoch, por el envidiado Fausto que logró vender su alma al santo patrono Mefistófeles, por Lucifer, Luzbel, por el Ángel Caído y todas esas figuras encabezadas por mis dos más íntimos deseos: Drácula y Carrie.

Lord Byron encontró su ritmo vital en la transgresión, necesitaba la culpa para provocar en sí fenómenos de sentido moral; la fatalidad para gustar el flujo de la vida. Schiller señaló: “En forma espontánea nos colocamos junto al vencido; un artificio por medio del cual Milton, panegirista del Infierno, transforma por algunos momentos en ángel caído hasta al más manso de los lectores.” De esta manera demuestra que el demonio del *Paraíso perdido* de Milton, como ser moral, es tan superior a su Dios, como quien persevera en algún designio “que ha concebido en forma excelente, a pesar de las adversidades y las torturas, es superior a quien, con la fría seguridad del infaltable triunfo, inflige a su enemigo la más horrible venganza” (Cit. por Praz, 1969, 75-80).

Roland Villeneuve cuestiona “¿Qué religión puede existir sin demonios, ni genios empeñados en nuestra perdición que magnifican así, *a contrario*, la bondad y la grandeza de las divinidades tutelares? (1976:8) y concluye que exista o no el Diablo, el Mal permanece inherente a nuestra naturaleza: “Mezclándose con la política, ‘los americanos se dedican a la caza de brujas’, los rusos persiguen a ‘las ratas viscosas’ y los chinos la toman con ‘las víboras lúbricas de la desviación’. Tales son los nuevos demonios, los enemigos de la fe y de la verdad a los



WILLIAM BLAKE, (DIOS SE LE APARECE EN SUEÑOS A JOB CON PEZUÑA COMO LA DE UN DEMONIO).

que los jueces intentan condenar de nuevo. Ya no queman a los magos y los autos de fe están desiertos. Pero el combate –‘el buen combate’– continúa en los discursos, en las tiras dibujadas y en las películas. El hombre vive todavía de los cuentos, de las quimeras, de los sueños” (Villeneuve, 1976:26). Actualmente se alternan los rezos con las telenovelas, los noticiarios, los *talk-shows*, con toda esa gama de adormecedoras historias que cumplen la misma función moralizadora de las consejas de las mujeres de mi familia, de tu familia, de nuestra familia; que cumplen la misma función de continuar “colgados del sexo”, porque finalmente de lo que se trata es de vigilar y castigar; de poner delante de nuestros ojos, como a Job, como a San Antonio, las tentaciones, y en el pecado cada quien llevará la penitencia. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Alexandrian, (1980), “Naglowka: el satanismo femenino” en *Los libertadores del amor*, España, Ruedo Ibérico.
- Coluccio, Félix (1984), *Diccionario de creencias y supersticiones*, Argentina, Corregidor.
- Duvignaud, Françoise (1987), *El cuerpo del horror*, México, FCE.
- Jiménez, José (1982), *El Ángel Caído*, España, Anagrama.
- Praz, Mario (1969), *La carne, la mujer y el diablo*, Venezuela, Monte Ávila.
- Rascovsky, Arnaldo (1975), *La cara oculta del cine*, Argentina, Schapiro.
- Trías, Eugenio (2000), *Por qué necesitamos la religión*, España, Plaza y Janés.
- Villeneuve, Roland (1976), *El universo diabólico*, España, Abraxas.
- Watts, Alan (2000), *Mito y religión*, España, Kairós.
- (1994), *Zohar, libro del esplendor*, México, Conaculta.